

El elogio fúnebre de Montesquieu al duque de Berwick

Fernando del Castillo Durán

CEAC – Universitat Autònoma de Barcelona

fdcdfdcd@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-5421-6040>



Recibido: marzo de 2019.
Aceptado: septiembre de 2019.

Resumen

Montesquieu escribió el elogio fúnebre del duque de Berwick como deber de amistad y como compromiso con la familia, a la que, en definitiva, el autor de *L'esprit des lois* tanto debía. El *ébauche*, mero borrador de lo que pudo haber sido, figuró desde la primera edición junto a las *Mémoires* de Berwick por obra y voluntad de su editor, el abate Houke. En este trabajo analizamos las características que según la preceptiva clásica aparecen en la obra que Montesquieu dedicó a James Fitz-James.

Palabras clave: Montesquieu; Berwick; elogio; Mémoires; Philippsburg; Hooke

Resum. *L'elogi fúnebre de Montesquieu al duc de Berwick*

Montesquieu va escriure l'elogi fúnebre del duc de Berwick com a deure d'amistat i com a compromís amb la família, a la qual, en definitiva, l'autor de *L'esprit des lois* tant devia. L'*ébauche*, mer esborrany del que va poder haver estat, va figurar des de la primera edició al costat de les *Mémoires* de Berwick per obra i voluntat del seu editor, l'abat Houke. En aquest treball analitzem les característiques que segons la preceptiva clàssica apareixen en l'obra que Montesquieu va dedicar a James Fitz-James.

Paraules clau: Montesquieu; Berwick; elogi; Mémoires; Philippsburg; Hooke

Abstract. *The funeral praise of Montesquieu to the Duke of Berwick*

Montesquieu wrote the funeral eulogy of the Duke of Berwick as a duty of friendship and as a commitment to the family, to which, in short, the author of *L'esprit des lois* owed so much. The *ébauche*, mere draft of what could have been, appeared from the first edition together with the *Mémoires* de Berwick by the work and will of its editor, Abbé Houke. In this work we analyze the characteristics that according to the classical prescriptive appear in the work that Montesquieu dedicated to James Fitz-James.

Keywords: Montesquieu; Berwick; eulogy; Mémoires; Philippsburg; Hooke

Sumario

Presentación	Características del elogio de Montesquieu
El sitio de Philippsburg	Conclusiones
El abate Luke Joseph Hooke	Bibliografía
El duque de Berwick y Montesquieu: dos vidas cercanas	

Presentación

Junto a las *Mémoires* del duque de Berwick, James Fitz-James, mariscal de Francia, publicadas en París y en 1778 por el abate Hooke, se incluye el borrador de una rememoración (*Ébauche de l'éloge historique*) que escribió Montesquieu tras la muerte del duque.

El origen del texto fue la invitación que el cuñado de Berwick, lord Bulkeley, envió el 15 de julio de 1734 a Montesquieu a raíz de unas líneas publicadas, a escasos quince días de la muerte del duque, por un anónimo periodista en la *Gazette d'Amsterdam* de 29 de junio. Tales líneas respondían a la urgencia de la noticia, añadiendo un brevísimo retrato y una corta biografía que en absoluto satisficieron a Bulkeley, pues optó por buscar un autor de gran relieve para enmendar lo dicho y trazar una semblanza a la altura del difunto. El autor, Montesquieu, era un viejo amigo de la familia, habiendo sido corresponsal del duque, con el que pasaba largas estancias en la finca Fitzjames, tratando, a tenor de la correspondencia conservada, de cuestiones botánicas, asunto al que el duque de Berwick era gran aficionado cuando su oficio militar y sus ocupaciones diplomáticas se lo permitían.

El sitio de Philippsburg

Efectivamente, el duque de Berwick estaba destinado en el verano de 1734, y en calidad de comandante del ejército del Rin, a la frontera este de Francia, siguiendo las órdenes del cardenal Fleury, anterior preceptor real que, tras la muerte del duque de Orleans, que había sido regente durante la minoría del rey, ejercía ahora de administrador (dada su edad y sus circunstancias, jamás recibió nombramiento alguno) en el gobierno de Luis XV.

Desde prácticamente el arranque de la guerra, una de las plazas que sufrió asedio por parte de las tropas galas fue Philippsburg, cuya fortaleza, ocupada por los austriacos, tenía una estructura estrellada, típica de las ciudadelas construidas siguiendo el modelo italiano. De hecho, Philippsburg ya había sido asediada en 1688, con lo que sus defensas fueron reconstruidas y reforzadas según las modernas técnicas de la arquitectura militar, que en el bando francés se desarrollaron a dictados de Vauban.

Como decimos, el asedio de Philippsburg de 1734 se encuadra en los primeros compases de la guerra de sucesión polaca que, al igual que sucedió en España, enfrentó entre los años 1733 y 1738 a Borbones y Habsburgos en suelo centroeuropeo. Tal guerra, en la que se dirimía la sucesión de Augusto II, rey de Polonia y de Lituania, ocupó, entre otros escenarios, la frontera que marcaba el Rin, justo las fortalezas que se hallaban al norte de Stuttgart y al sur de Fráncfort.

La guerra tuvo un importante alcance en suelo europeo y fue un choque civil polaco con considerable interferencia de otros países. En la práctica, supuso un nuevo enfrentamiento dirigido por los Borbones con la intención de socavar o eliminar el poder de los Habsburgo en la Europa occidental, como continuación de la guerra de sucesión española.

Al frente de las tropas austriacas se hallaba, en sus últimos servicios militares, el príncipe Eugenio de Saboya, que moriría poco después, habiendo ordenado al barón Wuttgenau que organizara la defensa de Philippsburg, donde estaba destinado desde el año anterior. Podría haber sido la primera vez que Berwick se enfrentase a Saboya en batalla, por más que durante decenas de años habían combatido en bandos contrarios, pero jamás directamente. Sin embargo, en la mañana del 12 de junio, mientras revisaba las trincheras, un tiro de cañón arrancó de cuajo la cabeza del mariscal. De inmediato el mando francés pasó al general d'Asfeld (que había luchado en España con Berwick) y a Noailles, rindiéndose la plaza a los franceses el 18 de julio siguiente.

Acerca del origen de la bala de cañón que descabezó al duque de Berwick, Alix de Rohan Chabot, en su conocida biografía, afirma haber dispuesto de un documento excepcional, la *Relation circonstanciée de la mort du maréchal de Berwick*, escrita por un tal Baudouin. En la *Relation* se demuestra con pruebas terminantes que el proyectil procedió de las baterías francesas y que el duque, acostumbrado a campar con cierto desdén por las trincheras, no hizo caso de las advertencias que le hizo un centinela que le impedía el paso, dadas las circunstancias, al que preguntó si lo conocía. Este, al parecer, le contestó afirmativamente, franqueándole el camino y no sin previa admonición. Sin embargo, a las 7:30 de la mañana y acompañado de un grupo de oficiales, el duque recibió el impacto.¹

La muerte del duque de Berwick fue intensamente sentida en Francia, ya que recordaba lo ocurrido no muchos años atrás con el general Turenne en la batalla de Salzbach (1675), cuyo óbito se produjo en similares circunstancias, dejando desvalida a Francia y a sus ejércitos desmoralizados, entregando el rey las tropas a Condé.

El general de obediencia austriaca Montecuccoli, que conoció de inmediato la muerte de Berwick, refirió: *Se ha perdido un hombre que era un honor para la humanidad*, y retrasó dos días la ofensiva contra los franceses.² Se trataba de un cumplido notable, quizá el más alto que podía emanar de un enemigo. De forma

1. Rohan Chabot (1990: 318).

2. Longueville (1907: 389): «A man has been lost who was an honour to humanity». Béranger (1987: 18) repite la misma anécdota.

hasta cierto punto parecida, pero con una nota más agria, el príncipe Eugenio de Saboya, enemigo indispensable de Berwick —dado que el duque de Marlborough había fallecido hacía doce años—, refiere en sus *Memorias*³ que al enterarse de la muerte de Berwick sintió envidia por primera vez en su vida:

J'en fus jaloux, et c'est la première fois de ma vie que je l'ai été.

Una muerte gloriosa, a él, que amaba la guerra por encima de todas las cosas⁴ y que deseaba para sí mismo un final como el de Turenne, le habría parecido perfecta. Como consecuencia, la muerte del mariscal Berwick supuso para Saboya el fin de un enemigo adecuado a sus pretensiones y el cierre de sus anhelos, pues iba a morir dos años más tarde, como hemos dicho, en la primavera del 36, pero a diferencia de la heroica muerte que tanto le hubiera consolado, un triste resfriado después de una partida de cartas con el embajador de Portugal, João Gomes da Silva, conde de Tarouca,⁵ lo llevó a la tumba.⁶

Las muertes en combate de guerreros famosos no eran una circunstancia inhabitual y sí, hasta cierto punto, reiterada, pues el rey de Suecia Carlos XII había fallecido a consecuencia de un hecho similar, en 1718, mientras asediaba la fortaleza de Fredriksten, en Noruega, donde la bala de un cañón, a decir de Voltaire,⁷ le destruyó la cabeza mientras revisaba las paralelas que conformaban una de las trincheras.

El abate Luke Joseph Hooke

Muerto Berwick, lord Bulkeley, con el afán de conseguir un elogio más firme y mejor documentado para su cuñado, escribió a Montesquieu —como tantas veces había hecho— argumentando que nadie como él podía trazar una oración fúnebre a la altura de las circunstancias, pues había sido protegido y amigo del duque y, por eso precisamente, supo de la calidad de su persona y de sus cualidades, tanto militares como diplomáticas. A consecuencia de lo dicho, y en pago de la deuda que Montesquieu tenía con Berwick —asunto que veremos más adelan-

3. Saboya (1811: 169).

4. Saboya (1811: 165): «Quant à moi personnellement, j'aime la guerre; et je désirais à celle-ci la fin de Turenne».

5. El IV^o conde de Tarouca, João Gomes da Silva, y su sucesor, Estevão de Menezes, V^o conde y I^o marqués de Panalva, título por el que se le conoce habitualmente, habían tenido extraordinaria importancia en el cierre diplomático de la guerra de sucesión española, pues estuvieron presentes en las negociaciones del tratado de Utrecht y en la posterior ratificación. Tanto es así que el 6 de febrero de 1715, don João estampaba su firma como embajador plenipotenciario del rey de Portugal y daba por cerrado el asunto, restableciéndose de inmediato tanto las relaciones diplomáticas como los flujos comerciales entre ambas potencias. Véase para tal efecto, Faria e Sousa (1730: IV parte, cap. VII, p. 437 y ss.).

6. Mauvillon (1741: lib. XV, tomo V, p. 289).

7. Voltaire (1732: 146). En la portada del libro se lee per M. de V***, era, obviamente, una manera poco eficaz de evitar el anonimato, si es que el autor lo buscaba.

te—, el autor de *El espíritu de las leyes* pergeñó un borrador que jamás fue acabado y del que tenemos únicamente la versión que manejó el abate Hooke.

En el año 1754, la familia de Berwick comunicó a Montesquieu, cuyo compromiso todavía no estaba saldado, que obraba en su poder un documento extraordinario: las memorias ológrafas de James Fitz-James, primer duque de Berwick. Montesquieu respondió queriendo examinar el texto y aconsejando que se publicaran tal como estaban, sin cambio alguno. Ofreció, además, encargarse de la publicación. Dado que en el *ébauche* hay una cita a *El espíritu* y puesto que este se publicó en Ginebra en 1748, debemos pensar que el elogio al duque de Berwick es posterior.

Sin embargo, la muerte de Montesquieu, acaecida en los primeros días de febrero de 1755, esto es, a escasos meses del comunicado de los Berwick, impidió tanto la publicación de las *Mémoires* como el cierre del *ébauche*.

Seguramente no mucho más tarde, el hijo de Montesquieu halló el borrador del elogio que su padre estaba escribiendo y, como sea que la amistad entre ambas familias se mantenía y la comunicación era frecuente, entregó los papeles a los Berwick.

Un cuarto de siglo después, el nieto del duque, duque de Fitz-James a su vez, y ya en 1777, encontró entre los documentos de su abuelo las notas manuscritas de Montesquieu y, junto a las *Mémoires*, las presentó a un irlandés más o menos conocido, el abate Hooke, persona cercana al último jacobismo y bien relacionado en el mundo de la inteligencia parisina de la época, pues regentaba desde ese mismo año la Bibliothèque Mazarine por cese de su anterior director, el abate Jacques de Vermond,⁸ que pasó a ser lector de la reina María Antonieta en Versalles.

El abate Luke Joseph Hooke⁹ había nacido en Dublín en 1714 y, desde siempre y por razones familiares, estuvo ligado a los Stuart y a su casa, por ese motivo asistió en el exilio en Saint-Germain-en-Laye al rey James II. Tras profesar y prolongar sus estudios en teología, Hooke se hizo un hueco en los salones y entre los filósofos franceses, destacando como bibliotecario y asumiendo la dirección de la Bibliothèque Mazarine en 1777 que, tras la reapertura de 1689,¹⁰ vivía momentos de esplendor. Nunca dejó de apoyar las pretensiones jacobitas en Francia, de ahí que recién llegado, por tanto, a la dirección de la Mazarina —como se conocía a la biblioteca—, un nieto del duque de Berwick, o sea, lo más selecto del jacobismo francés, le entregó un tesoro en el que Hooke vio una señal en el cielo e, inmediatamente, dispuso la publicación, no sin añadir el *ébauche* de Montesquieu y una semblanza debida a la pluma del vizconde de Bolingbroke,¹¹ político britá-

8. Sobre el abate Vermond, Welvert (1921-1922).

9. Sobre el abate Hooke, se puede leer O'Connor (1995). El abate Gaspard Le Blond denunció a Hooke el 30 de mayo de 1791 a las autoridades revolucionarias, amparando su escrito en que este no había prestado el juramento cívico, motivo por el que fue destituido fulminantemente, pasando Le Blond a ocupar el cargo de bibliotecario. Hooke se defendió, argumentando la falsedad de lo expuesto, pero de nada sirvió. Véase Piquard (1975: 132).

10. Frognall Dibdin (1825: v. 4, p. 33).

11. Sichel (1968: 11-12).

nico, cercano al partido *tory* que, no obstante, mantuvo buenas relaciones con los pretendientes al trono inglés radicados en Francia y con Berwick en particular, además de cartearse con Voltaire, no sin dudosas consecuencias.

Hay otro detalle, las *Mémoires* de Berwick finalizan abruptamente en 1715, pero el abate, a través de la lectura de la correspondencia del duque con diferentes personalidades, extendió las memorias hasta el momento de la muerte de Berwick, no sabiendo a qué lado inclinarse, pues duda del origen del proyectil que lo decapitó, motivo que hace pensar que bien pudo haber leído o, al menos, tener alguna noticia de la *Relation circonstanciée* que presentamos al inicio. No era una falsificación ni Hooke usurpó el protagonismo del duque, pues renunció a la primera persona desde el primer momento y separó con claridad ambos textos.

El duque de Berwick y Montesquieu: dos vidas cercanas

La búsqueda de un preceptor para Luis XV, huérfano y al cabo un niño de cinco años, tras la muerte de su bisabuelo Luis XIV, hizo pensar al regente, duque de Orleans, en la oportunidad de nombrar para tal puesto al duque de Berwick. Finalmente, el obispo Fleury fue elegido tutor, en uno de los muchos cargos que desempeñaría en su vida. Orleans prefirió no desaprovechar las cualidades militares de Berwick, enviándolo como gobernador militar a Guyenne (en el suroeste francés), donde la fidelidad al rey era hasta cierto punto discutida y la presencia de barcos ingleses podía dar lugar a algún alzamiento.

El duque llegó a Burdeos en 1716 y permaneció poco más de tres años. En seguida conoció al que sería uno de sus grandes amigos. Efectivamente, Charles Louis de Secondat, señor de la Brède y barón de Montesquieu, había heredado de su padre y de su tío tanto posesiones y títulos como la presidencia del parlamento de Burdeos, que también era hereditaria, como *président à mortier*, esto es, togado, uno de los más importantes magistrados del Antiguo Régimen en una institución regional. Lógicamente, ambos hombres pronto entraron en contacto, dadas las necesarias formalidades entre diferentes esferas del poder. Tal conocimiento devino en amistad.

Hay una anécdota que puede dejar ver el talante de uno y de otro. En cierta ocasión, el duque asistió a una sesión del parlamento bordelés, entrando antes que los magistrados y rompiendo con ello el protocolo. Alguien se quejó de la novedad y el duque, siempre atento a los detalles, acudió en otro momento, acaso para tratar de remediar el desliz, dejando paso y reverenciando a los presidentes del parlamento y reponiendo, con ese gesto, el yerro.

Había algunas coincidencias que fomentaron el encuentro y la amistad entre Montesquieu y Berwick, como el haber estudiado en el colegio de Juilly, asunto que sin duda daría lugar a recuerdos y comentarios. El caso es que el duque actuó de consejero del presidente Montesquieu, aupándolo y franqueándole puertas que de otro modo hubieran permanecido cerradas. Tanto fue así que, desde que Montesquieu conoció a Berwick, se dejó asesorar por el general.

Desde los primeros días de enero de 1719, el duque de Orleans, regente de Francia, había declarado la guerra a España incitado por la llamada «conspiración

del príncipe de Cellamare». Por ese motivo un ejército a las órdenes de Berwick invadió el territorio español, asediando San Sebastián, entre otras plazas, que capituló el 1 de agosto. Tales sucesos deben encuadrarse en la guerra de la Cuádruple Alianza, que terminó tras la firma del Tratado de la Haya de 1720, en el que Felipe V renunciaba a sus pretensiones de recuperar los territorios inherentes a la corona de los Austrias, destituyendo al cardenal Alberoni, seguramente artífice de la guerra junto a la segunda esposa del rey, Isabel de Farnesio.

Pero, y volviendo a la amistad fraguada entre Berwick y Montesquieu, durante las ausencias del mariscal, ambos hombres se cruzaron una fluida correspondencia, lo que no es poco, teniendo en cuenta la actividad del primero y la del segundo, pues Montesquieu publicó las *Cartas persas* en 1721.

Pasado algún tiempo, la cordialidad llegó a más. Berwick, que sabía del impedimento de Montesquieu para permanecer en París una temporada sin tener domicilio digno de su creciente prestigio, le ofreció su propia casa, poniéndolo en contacto, de ese modo, con su familia. De ese modo, Montesquieu entabló amistad con el cuñado del duque, lord Bulkeley, con el que no solo la filosofía era tema predilecto, también los juegos de cartas. La vida intelectual en París era interesante y compleja y de la mano de Berwick y de su cuñado, Montesquieu pudo conocerla y frecuentarla, por ese motivo anduvo en clubes y salones con lo más granado del panorama. Tal encuentro con lo que una generación más tarde fueron las Luces definió en gran medida su posterior éxito, siendo de capital importancia la presencia del vizconde de Bolingbroke, cuya influencia en la obra de Montesquieu fue notable.

Por otra parte, unos años más tarde, uno de los hijos del duque fundó una logia masónica en Saint-Germain-en-Laye, donde Montesquieu fue bien recibido. Tales eventos incitaron al viaje¹² por Europa que poco después emprendió, visitando Viena y Venecia, y rechazando la invitación que le hizo el duque de Liria, hijo mayor de Berwick, y embajador español en Moscú, yendo después a La Haya y desde allí a Londres, donde fue recibido en la Antigua y Honorable Sociedad de los francmasones, recibiendo la confirmación en Westminster en mayo de 1730.

De todos estos acontecimientos, Montesquieu fue dando puntual nota al duque de Berwick, incluso cuando desde Londres le escribió diciéndole que había saludado a Arabella Churchill, la anciana madre del duque, el mismo día que accedió a la presencia del rey Jorge II. Ciertamente, el único lugar que Montesquieu no visitó, a pesar de las reiteradas recomendaciones que le hizo el duque, fue España.

Finalmente, se ha de decir que la temprana difusión de la obra de Montesquieu en la Gran Bretaña fue debida a la traducción al inglés que promocionó lord Bulkeley, aquel viejo compañero de timbas que pocos días después del óbito del duque rogó al filósofo una pieza literaria que no acabó jamás.

12. Montesquieu (1894).

Características del elogio de Montesquieu

Deber de todo panegirista, como dijo Pedro Felipe Monlau en su *Diccionario etimológico* (1856), es immortalizar la memoria de la persona a la que alude, haya fallecido o escriba exaltando algún acontecimiento más o menos reciente. En el panegírico, por tanto, la loa y la *laudatio* son herramientas que el autor puede emplear a su gusto, sin quebrarse ante la comparación de modelos antiguos o, incluso, con virtudes de los dioses del panteón grecoromano. Los alabados, y forma parte de la retórica de la recepción, reciben el énfasis de ese modo expresado con algún punto de modestia, pues la intemperancia y la *hbris* no son virtudes, sino desgracias.

En el caso de una persona fallecida, la tradición clásica aconseja destacar las virtudes del fenecido con moderación, de lo contrario una abierta exaltación produciría chirridos inoportunos. La contención en el homenaje, por tanto, debe hacerse sin fantasía, destacando virtudes, pero sin la excelsitud del discurso que en vida oye el aludido. Por ese motivo, en las palabras que dedica Montesquieu al duque de Berwick no hay pompa ni aparato, ni gesto excesivo, sino examen detenido, a veces pormenorizado y siempre ponderado.

El título del trabajo ya establece la categorización del mismo: se trata de un boceto, de un borrador. Montesquieu lo dejó abierto y es con el que únicamente podemos contar. Véase que el término *historique* actúa como elemento coercitivo, en principio, para evitar errores de interpretación y es, a la vez, cáustico. En efecto, tiene un valor caracterizador, a saber, pretende con semejante precisión quitarse de encima la solemnidad que tal artefacto literario pudiera generar.

Por otra parte, el elogio carece de proemio, dejado quizá para más adelante. No existe, por tanto, ningún saludo formal al lector. Ni siquiera presentación, como a lo mejor hubiera sido preceptivo. Montesquieu empieza a relatar la vida del duque siguiendo la trayectoria propia de la biografía. No entra en el ámbito laudatorio pues, a pesar de que aparecen bien señaladas las virtudes del mariscal, el autor no se detiene a ensalzar la figura más allá de lo sabido, empezando por una primera parte donde se explicita de modo y manera bastante rápida qué ha dado de sí la vida de Berwick. En definitiva, y no se debe perder de vista, el elogio es un borrador que se supone debería haber sufrido cambios y ampliaciones en una fase posterior, pero que las circunstancias impidieron que así fuera.

Sin embargo, a pesar de la brevedad, podemos pensar que la intención fue seguir un modelo clásico, a saber, el aristotélico, mucho más contingente y menos comprometido. Semejante intuición, viene dada por el orden en la exposición que ofrece el *ébauche*, a pesar de la discontinuidad mostrada. No obstante, Montesquieu se separa abiertamente del elogio coetáneo, cuyos precedentes más señalados para la época y la calidad del personaje estaban en Bossuet o en Massillon¹³ y escribe una biografía corta, enumeración de sucesos sin propósito literario, para

13. Respectivamente, Bossuet, *Oración fúnebre por el príncipe de Condé* (2 de marzo de 1687) y Jean-Baptiste Massillon, *Oración fúnebre por Luis XIV*, de 17 de diciembre de 1715. Bossuet hace un homenaje a Condé como héroe mitológico, al que, sin embargo, ha tocado la muerte, ese rasgo que solo la fe en Dios puede vencer. Por otro lado, Massillon escribe sus argumentos en

llegar a la segunda parte, más personal y más breve. Un apunte que, dada la altura del autor y las características del elogiado, imaginamos que debió ser dejado para más adelante, manchando, eso sí, una ligera acuarela.

Pero veamos ese orden: en primer lugar, sin proemio¹⁴ ni vacilaciones, que hubieran supuesto una reflexión filosófica genérica y quizá de alguna envergadura, Montesquieu da noticia del nacimiento del duque, reincidiendo en el manido asunto de la bastardía de James Fitz-James, cuyo sello, como es evidente en el apellido, arrastró siempre. Efectivamente, hijo del rey James II (Jacobo, según la tradición española y Jacques en la francesa) y de Arabella Churchill, el niño recibió una esmerada educación y cuando se pensó que quizá sirviera para la Iglesia, mostró innegables aptitudes militares, con lo que ya desde muy joven se le asignó la milicia como ámbito de vida. Debido a las circunstancias que llevaron a su padre a la proclamación como rey de las tres coronas (Inglaterra, Escocia e Irlanda) y al escenario que condujo a su destierro, tras el golpe e invasión de su yerno, Guillermo de Orange, esposo de su hija María, James se vio pronto en los campos de batalla en Irlanda, siendo después acogido por la corte francesa de Luis XIV como voluntario, hasta llegar al generalato y al rango de mariscal. Fue en la guerra de sucesión española donde el duque de Berwick demostró abiertamente sus virtudes, salvando el trono de Felipe V en la batalla de Almansa, el 25 de abril de 1707. Tal suceso es el que la mayoría de los historiadores propone como definitivo, a pesar de que, tras las posteriores batallas de Brihuega y Villaviciosa (9 y 10 de diciembre de 1710), casi simultáneas —donde las tropas del ejército de las Dos Coronas batieron de forma concluyente a los aliados—, el trono del primer rey Borbón quedó consolidado. En ninguna de esas dos batallas mandó las tropas Berwick, sino el duque de Vendôme, otro de los grandes generales franceses, que murió en Castellón poco después, debido a la congestión que le sobrevino al haber ingerido marisco de manera desatinada.

En un elogio, según la propuesta clásica, tras la citación del origen, cabe hablar de algún hecho sobrenatural cuya manifestación se produjo en el alumbramiento. Si no ocurrió, cosa harto probable, claro está, la preceptiva clásica aconseja inventarla de forma convincente, con la tranquilidad de que, dadas las circunstancias, esto es, en presencia del difunto, nadie cuestionará la verosimilitud del asunto. Obviamente, de la mano de Montesquieu no van semejantes desvelos, que hubieran supuesto un bárbaro descrédito para autor tan escueto, dado que no aparece en el elogio de Berwick la pluma del autor galante¹⁵ ni hay uso de elemento enfático.

torno a una idea central: la vanidad del mundo, haciendo un elocuente balance de lo que ha sido la vida del rey Sol.

14. Desde luego, poco elegante y nada formal este arranque de Montesquieu. Puede pensarse que el filósofo dejó para después la elaboración de un exordio proemial suficientemente elaborado como para encabezar el elogio de Berwick, pero nada más es una hipótesis hasta la fecha indemostrable.
15. Recuérdense las insinuaciones eróticas que Zachy, una de las esposas abandonadas en el serrallo durante muchos años, dirige a su marido Usbeck en la III de las *Cartas persas*, o las insinuaciones de Fatma en la VII al mismo destinatario. Montesquieu (1997).

Tampoco hay término prosopográfico, ni naturaleza extraordinaria. La crianza, otro de los conceptos de la retórica clásica, no está presente, a pesar de que se trataba de la corte del duque de York, mientras no fue proclamado rey. Nada concede Montesquieu a la educación de Berwick: tema escurridizo, por cuanto a finales del xvii los infantes ya debían haber sido matriculados en colegios de élite, y más tratándose del hijo de un candidato real, por muy bastardo que fuera. Pero el caso es que Berwick estudió en colegios católicos franceses, jamás en Londres, Edimburgo o Dublín. Como consecuencia, dentro de este capítulo cabría considerar el delicado asunto de la religión, tema crucial entre los Stuart y causa de la caída de James II, cuyo empeñamiento en destruir el anglicanismo, retornando a la obediencia romana, fue uno de los motivos mayores que alentaron y fortalecieron la rebelión de Orange.

En la biografía de Berwick, por muy encomiástica que pretendiera ser la pluma de Montesquieu, no aparece el amor a los estudios, con lo que reserva muy poco espacio para tal fin, pero sí está permitido tratar la propensión del duque en su ya casi superada infancia hacia el ejercicio de las armas. Es bien sabido que James Fitz-James tuvo que convencer a su padre —contrario a que su hijo de 15 años anduviera en batallas— para que lo dejara integrarse en el regimiento de coraceros del mariscal Taaffe, ocurriendo en 1686 su primera acción militar en el sitio de Budapest. Al año siguiente, el joven James estuvo en Mohacs y en 1690 participó en la batalla de Boyne en Irlanda, donde se produjo la derrota definitiva de los jacobitas y el afianzamiento de Guillermo de Orange. Como resultado de tales acontecimientos, y a modo de reconocer a un hijo que se movía por los ejércitos de Europa sin apenas identificación aristocrática y también como agradecimiento a su lealtad filial, el padre le concedió el ducado de Berwick, una población en la raya entre Escocia e Inglaterra.

Los elementos que hacen referencia a la etopeya sí están presentes, y muy extendidos. Sobre todo, cuando trata de la adustez del duque, al que se le vio sonreír poco. Un inglés muy alto (se dice que hacía 1,90 de talla) que no supo o no quiso granjearse los arrumacos de la corte española: la reina niña, María Luisa de Saboya, lo tachaba de *un grand diable d'anglais qui alloit toujours tout droit son chemin*.¹⁶ La princesa de los Ursinos, infalible merodeadora en el primer matrimonio de Felipe V y espía de su abuelo Luis, tampoco pudo atraerse al duque, que al parecer siempre la vio como una embaucadora profesional, al menos hasta que la reina Farnesio la puso en su sitio, esto es, la expulsó tras abofetearla en el patio del palacio del Infantado, en Guadalajara.

Llegamos así al asunto central, el pragmatográfico: los actos del difunto. Aquí descansa el cuerpo principal del trabajo de Montesquieu. La preceptiva clásica aconsejaba dividir los actos del elogiado en dos grandes grupos, los actos de guerra y los actos de paz. Primero se tratará la valentía, virtud supuesta para cualquier soldado, pero la más noble y la única realmente exigible. Después conviene tratar de la justicia, virtud principesca y de rara aplicación, cual

16. Berwick (1828: 285).

la generosidad, alegre prima de la anterior, para pasar a continuación a la templanza, donde el elemento griego vuelve a aparecer, jamás la *hybris*, la locura o la pérdida de sentido. Por último y no sin grave acopio de ejemplos, la sabiduría, que no es de corte enciclopédico, sino la capacidad de distinguir táctica y estrategia, maniobrabilidad y logística, virtudes que adornan, por ejemplo, a un general.

Respecto de los actos de paz, esto es, legislar, administrar y gobernar, no está de más buscar la continuidad con los hechos bélicos, pues así se ve una consecuencia de unos y de otros, dando lustre y redondeando una vida ejemplar.

Otro de los puntos obligados en un elogio funeral es la mención a la esposa, pero Montesquieu nada más la cita, igual que a sus hijos, a los que menciona de pasada. Ha de decirse algo acerca del amor que se tuvieron los esposos, obligación con la que cumple Montesquieu, pero sin más allá.

Por fin, el epílogo es lugar apropiado para trazar un balance de los hechos del finado, aunque sea de manera somera. Montesquieu, que ya ha desgranado algunas cosas desde su punto de vista, recuerda el momento en que ambos hombres se conocieron y ventila de este modo lo que podría ser una epopeya de cierto porte. Según el escritor, el duque de Berwick tuvo y mantuvo a lo largo de su existencia un carácter más bien reservado y hasta frío, incluso seco y puede que severo. A esa templanza inicial, propia de sus orígenes, al fin y al cabo, se trataba del hijo de un rey destronado, se añade que el duque fue de costumbres austeras, y que tal virtud lo acercó a la serenidad, de la que siempre gozó, evitando excesos. Montesquieu está pensando seguramente en la ira, propia de gentes que como Berwick han vivido en circunstancias ásperas, entregado a la guerra y a resolver cuestiones diplomáticas que tenían escaso desarrollo, pero no escribe la palabra. Entendemos que evitar semejante borrón, por más que fuera para negarla, es rasgo de suma elegancia. Más adelante da con un detalle excelso, dice: *No he visto al héroe, sino al hombre que surgió de aquel*.¹⁷ Magnífico cierre, pues en otros textos paralelos y de la misma época, surgen comparaciones similares y el autor se desvive por menguar la persona y elevar al héroe. Sea el caso, el *Elogio fúnebre* que el marqués de Valença, Francisco de Portugal, dedica a João Gomes da Silva, conde de Tarouca (del que ya vimos algo más arriba) en 1739. Escribe:

...morreu em hum sabbado a 29 de Novembro de 1738, tendo cumprido o Senhor Conde de Tarouca em 21 de junho secenta e sete annos de idade, dilatada, se o considerarmos como herói, breve, se o julgarmos como homem.¹⁸

Vemos, por tanto, que el cierre de Montesquieu al menos remite a lo que era preceptivo en la época, la comparación entre el héroe y el hombre.

17. Leemos la versión de Pere Molas Ribalta en Berwick (2007: 87-88).

18. Valença (1739).

Conclusiones

Puede pensarse que, si bien Montesquieu pudo haber escrito más o menos urgido por la carta de Bulkeley, su texto se debió traspapelar o no lo acabó por algún motivo desconocido, el caso es que no salió a la luz hasta la edición de las *Memorias*. Sin embargo, el *ébauche* está recogido en las obras completas de Montesquieu como obra singular, recibiendo por este motivo una consideración importante. Se trata, sin duda alguna, de un ejercicio menor dentro de la labor ingente del autor de *L'esprit des lois*, pero a través de su estudio se deja ver, no solo el arranque del filósofo, sino también alguno de sus intereses, por paradójico que pudiera parecer, Montesquieu no hacía ascos a historiar a un general, principalmente cuando este supuso el trampolín de su éxito. Además, supo mantener a través de los años la amistad con el duque, al que le unía el interés por la botánica, asunto al que Berwick dedicaba muchas horas cuando no estaba de servicio diplomático o militar. Ambos cruzaron muchas cartas y Montesquieu visitó al duque en su finca de recreo bastantes veces. Al final, una nota del cuñado de Berwick, lord Bulkeley, justo a los pocos días de la muerte en batalla del duque, inspiró la mano de Montesquieu, que inició un borrador, un *ébauche*, que jamás terminó. Las características del mismo son singulares pues, a pesar de que sigue con alguna precisión la preceptiva clásica, se separa en ocasiones, renunciando a peculiaridades formales concretas y añadiendo una breve segunda parte que responde a sus recuerdos personales. Estamos, pues, ante un documento extraordinario, inesperado en el autor que separó los tres poderes del estado moderno.

Bibliografía

- BÉRENGER, J. (1987). *Turenne*. París: Fayard.
- BERWICK, Duque de (1828). «Mémoires du Maréchal de Berwick, écrits par lui-même». En: A. PETITOT; L. MONMERQUÉ (eds.). *Collection des Mémoires relatifs à l'histoire de France*. 2ª serie, t. LXV. París: Librairie Foucault, 281-438.
- (2007). *Memorias del duque de Berwick*. Edición de P. MOLAS RIBALTA. Alicante: Universidad de Alicante.
- FARIA E SOUSA, M. (1730). *Historia del reyno de Portugal, dividida en cinco partes*. Bruselas: Francisco Foppens.
- FROGNALL DIBDIN, TH. (1825). *Voyage bibliographique, archéologique et pittoresque en France*. París: Crapelet, 4 vols.
- LONGUEVILLE, TH. (1907). *Marshall Turenne*. Londres: Longmans.
- MAUVILLON, E. (1741). *Histoire du prince François Eugène de Savoie, généralissime des armées de l'empereur et de l'empire*. Viena: Briffaut.
- MONTESQUIEU (1997). *Cartas persas*. Edición de F. J. HERNÁNDEZ. Madrid: Cátedra.
- MONTESQUIEU, A. (1894). *Voyages de Montesquieu*. Bordeaux : G. Gounouilhou.
- O'CONNOR, TH. (1995). *An Irish theologian in France: Luke Joseph Hooke 1714-96*. Dublín: Four Courts Press.
- PIQUARD, M. (1975). «La bibliothèque de Mazarin et la bibliothèque Mazarine, 1634-1804». *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 119e année, núm. 1, 125-136.
- ROHAN CHABOT, A. (1990). *Le Maréchal de Berwick*. París: Albin Michel.

- SABOYA, E. (1811). *Mémoires du prince Eugène de Savoie*. Londres: L. Deconchy. Reimpresión de la edición de Weimar de 1809.
- SICHEL, W. S. (1968). *Bolingbroke and his times*. Nueva York: Haskell.
- VALENÇA, Marquês de (1739). *Elogio funebre do Illutrissimo, e Excellentissimo Senhor Conde de Tarouca...* Lisboa Occidental: Miguel Rodrigues.
- VOLTAIRE (1732). *Histoire de Charles XII, roi de Suède*. Basilea: Cristophe Revis.
- WELVERT, E. (1921-1922). «L'éminence grise de Marie-Antoinette: l'abbé Mathieu-Jacques de Vermond». *Revue de l'histoire de Versailles et de Seine-et-Oise*, t. 23, 129-142 y 227-240; t. 24, 40-60, 116-131 y 221-244.

